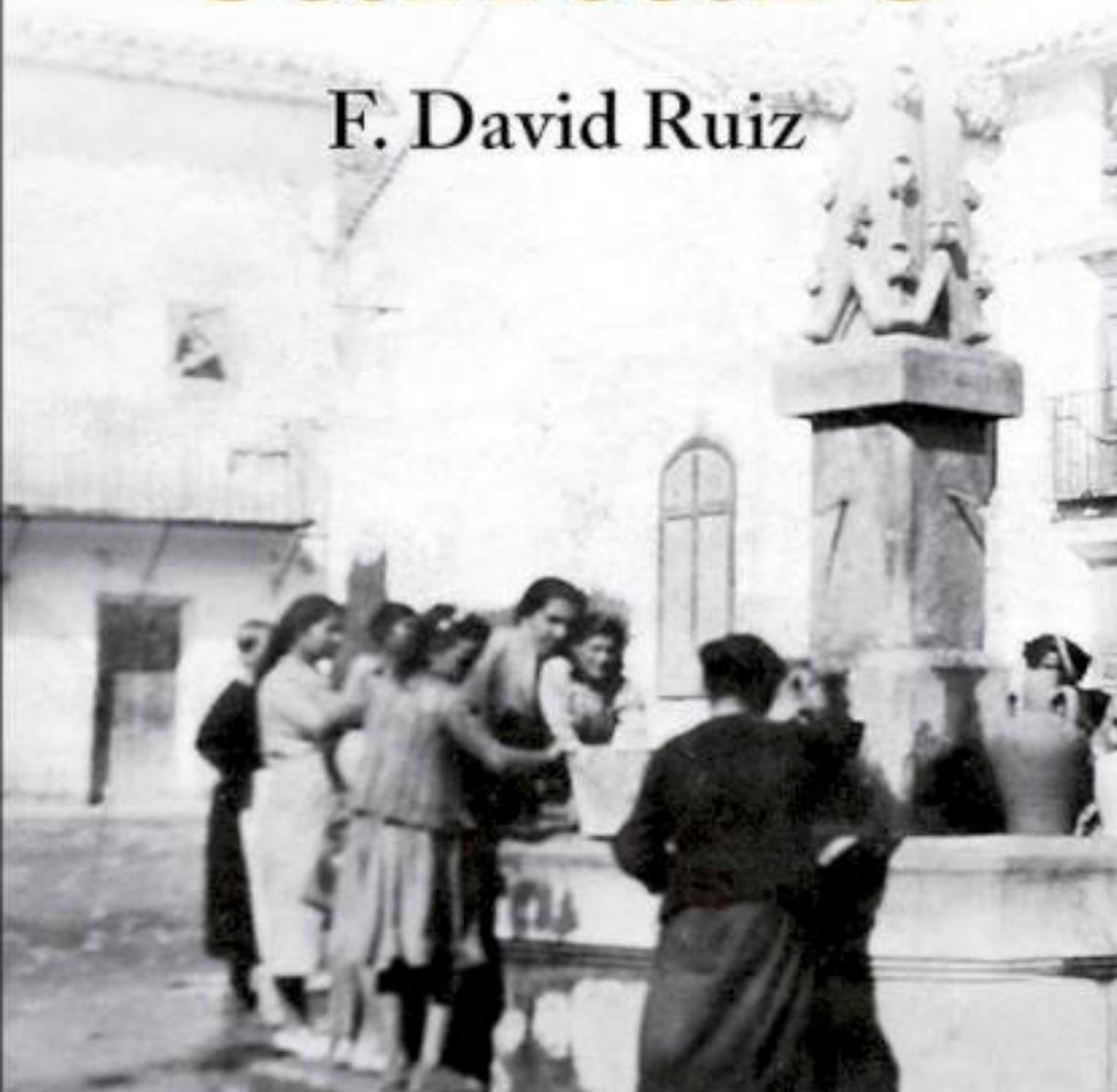


Alma de cántaro

F. David Ruiz



«Soy un libro de historias, de historias pequeñitas», cuenta Piedad de sí misma al referir todo lo que hubo de soportar en la posguerra.

Alma de cántaro es también un libro de historias, un relato polifónico que recrea los años de posguerra en el contexto de un pequeño pueblo cordobés. Hay en estas páginas una voluntad de novelar el desamparo y la atmósfera asfixiante del franquismo, pero también de invocar el testimonio de aquellas mujeres que, como Piedad, fueron agentes silenciados de las penosas circunstancias que asolaron España tras el conflicto fratricida del 36. En este sentido, la novela es clara expresión de la sororidad durante la posguerra. La recreación de este particular microcosmos andaluz, por el que desfilan viudas enlutadas, señoritos, maestros, civiles con tricornio y miembros de la resistencia refugiados en la sierra, constituye un friso vívido de la realidad del franquismo rural, que nos permite asomarnos a la miseria moral de una época ominosa de la historia de España.

*Para Carmen, mi abuela,
para Teresa, mi madre,
almas de mi historia.*

Todos los personajes, lugares y hechos que aparecen en estas páginas son fruto de la ficción, deformados primero por el relato oral que se ha tenido en cuenta para darles forma y, posteriormente, por la arquitectura que precisaba esta novela.

Por lo tanto, estos personajes y su relato podrían haber sido reales.

Las personas a las que representarían, no.

Hablo yo, suena un cántaro.

REFRANERO POPULAR

Hoy hace día de comer lentejas.
No sé si por la lluvia
o por la soledad. O quizá por eso
que llamamos memoria,
viejo palacio en ruinas que aún me salva
de la nada absoluta.

ANGELINA GATELL, «Preludio»

El cántaro que existe conteniendo,
hueco de contener se quebraría inánime.

JOSÉ ÁNGEL VALENTE, «El cántaro»

El casino

Oye, hijo mío, el silencio.
Es un silencio ondulado,
un silencio,
donde resbalan valles y ecos
y que inclina las frentes
hacia el suelo.

F. GARCÍA LORCA, «El silencio»

Recuerdo que en la fuente cada cántaro era distinto. Cada uno con sus costuras de barro en las asas y unos labios carnosos que abrían una boca oscura por donde se derramaba el agua. Bocas de cántaro que retumbaban con los susurros de diferentes mujeres. A los cuatro caños, la principal fuente de la villa, se iba a lavar y a escurrir todos los trapos sucios. Los de una y los de todo el pueblo. Allí, claro, me enteré de «eso». Porque en los cuatro caños se aireaban los guiñapos y las aguas se enturbiaban con los dimes y directes, con el jabón casero y el sudor seco de las camisas de los maridos, los padres, los hermanos y los hijos. Allí, entre esas mujeres, un niña podía atisbar algo, pero nunca una conversación completa. Por más que preguntase, por más que me acercase a unas y a otras, por más que me llevase las dudas a casa.

Mi madre me miró a los ojos y me dijo que no debía insistir, aquel asunto estaba cerrado. Me dijo, bajando el tono mientras guardaba el jabón, que si quería podía preguntarle a mi padre, pero que posiblemente perdiera los

dientes en el intento. Ella no lo entendía y jamás comprendería que yo ya intuía la respuesta, pues las otras mujeres, las que lavaban más allá de aquella alberca de unos cinco metros, hablaban de «eso». Yo, todavía una niña siempre contenida en las formas, prestaba atención desde lejos.

Unas decían que habían sido los rojos de la sierra. «¡Los rojos!», gritaban, mientras las otras chistaban y se daban golpes en las nalgas cubiertas de tela negra. Luego miraban miedosas por si algún oído escondido las pudiera haber escuchado.

—Cómo van a ser los rojos, mujer —susurraban otras—. Han sido ellos mismos. Han sido los *hijoputas* del tricornio y sus muertos. —Y entonces hacían la señal de la cruz con el índice cruzando el pulgar y lo besaban. Luego escupían.

—Dicen que lo tiraron antes a él adentro del pozo. Vivo. —Y remarcaban bien esto último, «vi-vo»—. Estaba todavía vivo cuando lo echaron por allí. Y luego al padre, un hombre de setenta años, mira tú. Encima de él, el *pobretico*.

La viuda que había hablado callaba de inmediato, como guardándose el resto, y dejaba espacio a las preguntas, a los interrogantes que luego pudieran calentar el ambiente.

—Muchachas, que hay ropa tendida —decía mi madre señalándome con la barbilla mientras recogía los últimos trapos mojados. Pero ellas solo guardaban unos segundos de silencio para acabar sonsacándose las unas a las otras.

—¿El delito no se sabe? Porque algo harían...

Entonces esas mismas chasqueaban la lengua y callaban.

Algo harían.

Al final, cuando el cántaro se llenaba antes de marchar, yo ya no sabía desenredar tanta maraña proveniente de unas y de otras, por eso acababa acarreado a duras penas el agua por las calles con aquel pesar entre las sienes. Subiendo la cuesta de la plaza tuve que hacer una parada para

limpiarme el sudor que me inundaba los ojos, aquellos ojos negros míos de quinceañera, de niña limpia, de intento de rebelde. Mis quince años en todo su esplendor eran el escaparate ideal de nuestra familia. Mi padre decía a veces, entre alguna que otra tontería, que muchos mozos venían a la barra a por mí cuando me sentaba por las tardes junto a la ventana de la cocina del casino en el que trabajábamos a coser lo que años después sería mi ajuar.

Sábanas blancas regalo de doña Dolores, la señora de don Gregorio, aquella señorita con ínfulas de deidad que, sin embargo, era medio calva y algo marchita, ridícula en sus encorsetadas formas de otro tiempo, pero excesiva y rigurosa en exigencias. Había perdido el sueño desde que lo conociera a él, a don Gregorio, su Gregorio, por el que bebía los vientos y por quien habría dado su fortuna si se la hubiera pedido. Ella, que era la dueña de medio pueblo y unos cuantos años mayor que él. Ella, doña Dolores, la Cuatropelos, como la llamaba la gente. Ella, entre las pocas que podía permitirse el lujo de regalar unas sábanas como aquellas a la hija de su camarero.

—Esto para cuando te cases, para que bordes aquí tu nombre y aquí el de... bueno, el del mocito que decida quererte algún día, ¿no, Marianita?

Mi madre me pidió que agradeciera y agradecí educadamente. Sin aspavientos, cordial. Pero luego, durante muchas tardes en que mi madre limpiaba, bordé el nombre de *Gregorio* en todas las sábanas y las fui guardando, mostrándole a doña Dolores solo mi nombre con alguna floritura. Ella contenta y yo enamorada como una idiota del señorito que pagaba a mi padre. De él, Gregorio, mi Gregorio, que no tenía más que a aquella mujer enjuta y cruda, y un talante de joven altivo por el que yo habría regalado todas mis sábanas de hilo.

Sí, yo le preguntaba a mi madre, pero ella no respondía nunca. Y mucho menos cuando íbamos por la calle. Había sido educada en el silencio de un hogar sin madre y aun-

que no se lo tuviéramos en cuenta, sabíamos que todavía recordaba el conventual ambiente de su casa, el represivo aroma que desprendía lo femenino para ella. No, ella no respondería nunca y la alternativa sería preguntarle a mi padre; de algo se habría enterado trabajando en el casino día y noche. Un camarero acaba encontrando detrás de la barra los cuentos más inverosímiles. Le preguntaría a mi padre quién mató a aquellos hombres, aquel asunto con el que todo el pueblo se había levantado en la boca, al menos eso pensé en cuanto mi madre me dijo que ni ella ni nadie debían hablar de esas cosas, que algo habría hecho el cabrero a unos o a otros para que lo mataran, que buena lengua tenía. Agotada, recién llegada a nuestra casa, me limité a soltar el cántaro sobre la mesa dejando un cerco mojado sobre la tela blanca del tapete.

—Ahí le dejo eso, tengo que irme con padre otra vez.

Mi madre, a quien veía a través de los cristales de la puerta del patio, tendía la ropa rápidamente. Como no respondió, esperé grabando aquella imagen que no por cotidiana se ha borrado aún de mi mente. Entró secándose el sudor con las muñecas, como si no quisiera ensuciarse las manos, y tomó de nuevo el cántaro, que se encajó en la cadera. Me dijo que debíamos ir juntas esta vez.

—Habrás que limpiarle la mierda a... —Se detuvo porque quería decir «señoritos» o «señoritingos» o cualquier otra cosa, pero dijo—: Mariana, que después de un fin de semana solos en el casino... a saber esta gente, hija mía, ¡a saber! Dame un momento que suelte esto ahí dentro.

Mi padre estaba en la puerta del casino cuando llegamos. El ladrillo, que dibujaba en dos tonos de rojo unas formas arqueadas sobre la puerta bajo cuatro ventanales con balaustrada de piedra, reverdecía de pronto como al efecto del sol puro de una mañana despejada. Justo al pie, ese hombrecillo menudo de amplio bigote que era mi padre

cargaba una caja de salazón y charlaba con varios proveedores cuando hizo un amago de saludo con los codos. Mi madre se acercó para coger la caja.

—Buenos días —dijo, pero ningún beso.

—Buenos días, padre —respondí veloz antes de que mi madre me instara a entrar con ella.

Subimos los tres escalones de piedra flanqueados por un alicatado de azulejos sevillanos a media altura. Una pintada sobre la primera puerta de cristal del edificio recordaba el año de fundación del casino: 1917. Una vez llegamos al rellano, empujé la cristalera para que mi madre pasara y ya en ese pequeño pasillo de apenas tres metros de largo nos aturdió el olor del sudor sazonado con el del tabaco de pipa. Mi madre resopló, yo cogí aire. Una telaraña multicolor descansaba abatida en el suelo; la serpentina y el confeti habían inundado el salón de rojo y gualda travistiendo la imagen adusta que yo pudiera tener de aquellas mesas repletas de señores de oscuro que fumaban y hablaban con la pajarita bien ceñida. Decían que Alcalá Zamora había dado aquí un discurso una vez, pero a nadie importaba eso ya. Es más, era mejor que nadie recordara a ese ilustre republicano en el salón donde habitualmente se reunían el alcalde y el teniente de la Guardia Civil para beber con el maestro y alguna que otra personalidad. Aquí jugaban a las cartas y al dominó, y las horas muertas se diluían en decisiones de las que nadie sabía nada. Bueno, nadie, excepto mi padre. Él siempre volvía a una hora distinta a nuestra casa. Sería por eso que a veces oía discutir a mis padres tras la pared de papel mal encalada. Él no decía mucho. Ella, ante el silencio cómplice de mi padre con aquellos que no tenían horarios, simplemente se giraba en la cama para darle la espalda y suspiraba. Luego, al despertar, mi padre ya se había marchado de nuevo.

Aquel olor dentro del casino amargaba.

—Vaya carnaval se han pegado estos... —dijo mi madre moviéndose a duras penas entre la revolución de botellas

de cristal verde que se escondían traicioneras bajo los papelillos—. Joder con el señorito, qué buenas fiestas... Luego dirá que para jornales, no. Hijo de... —Y volvió a su silencio final de frase.

En aquel momento mi padre empujó la puerta de la cocina. Quise abordarlo entonces, preguntarle si él, que tanto conocía, podría contarme más de aquel asunto del cabrero que me picaba entre las sienes. ¿Habían sido los rojos? Pero ¿quiénes eran los rojos? Habían sido ellos los de la bomba en el cuartel aquella vez hacía tiempo, de eso estaba segura. Desde entonces, la gente hablaba de ellos en voz baja, pero los nombraban y no siempre con orgullo. Quise hablarle de ello, pero mi padre venía con un humor poco habitual. Aunque estaba descansado y se le notaba.

—A levantar todo esto. Se acabó la fiestecita —dijo.

Estaba tranquilo y dispuesto, con aquella camisa a cuadros remangada hasta los codos y el pantalón azul marino que llevaba siempre como atavío. Podría decirse que hasta estaba guapo. Por eso tal vez no quise embadurnar la situación de mayor dramatismo; además, quedaba demasiado trabajo por hacer. Mi madre salió entonces de la cocina, manos en jarras, preguntándole si había podido dormir bien. Hacía años que padecía un insomnio feroz. Mi padre asintió. Le dijo que no se podía quejar, que la almohada por una vez se había portado con él. Además, había estado con nosotras todo un fin de semana, cosa poco habitual por la clase de trabajo que tenía y por la clase de señorito que le había (nos había) tocado. Don Gregorio había dado tres días libres a mi padre sin mayor explicación. Tres jornadas completas que mi padre no sabía rendir de tan poco acostumbrado como estaba a empeñar el tiempo en otra cosa que no fuera trabajar. Al final acabó llevándonos al río y me enseñó a comer el tallo de los juncos, que no sabía a nada más que a tierra mojada, mientras mi madre tejía el inicio de un jersey gris buscando la sombra de los árboles. Luego de comer nos volvimos, y al pasar justo por delante

del casino mi padre se olió la jugada. Había luz y movimiento. Pero ninguno de los tres quisimos saber nada: en mi caso, porque mi padre estaba tranquilo; en el de ellos, porque sabían más de lo que siempre supe yo. Nos fuimos derechos a la cama. Fue, eso sí, como supimos que tendríamos trabajo al volver. Por eso ni mis padres ni yo nos inmutamos tres días después, cuando estábamos allí, en medio de aquel olor ocre que tras años me ha sido imposible olvidar.

Mi padre transitó las estancias como si nada y empezó a levantar sillones volcados y a pasarles un cepillo para limpiarles el confeti. Mi madre lo miró resignada y yo quise suponer que mis padres eran felices así, trabajando tranquilos, porque en esa rutina se sentían seguros uno con el otro, ganándose lo que luego se comerían, y porque la felicidad, al menos esa clase de felicidad sencilla, sin duda, también se encuentra en lo inevitable del día a día.

—Paqui, echa el cerrojo, anda. Cierra antes de que quiera colarse alguno a tomarse un caneco —dijo mi padre.

El cubo grande estaba ya hasta arriba de papelillos de los colores de la bandera monárquica, así que metí una pierna para aplastar la basura y hacer sitio nuevo a lo que mi padre traía en su recogedor de madera. De cerca no daba la impresión de descansado, desde luego, con aquella barba incipiente, mal afeitada en alguna parte. Sin embargo, le sonreí. Mientras, mi madre apilaba en algunas cajas los cascos rotos y las botellas vacías. De vez en cuando, mi padre tarareaba una copla y mi madre se enganchaba en el estribillo mirando a su marido. «Te he esperado hasta muy tarde, ningún reproche te hacía...». La felicidad que yo conocía estribaba, apenas disimulada, en aquel estado de las cosas.

El casino, por su parte, iba muy poco a poco retomando su forma original, excepto por el olor. Aquel hedor mugroso que habría que quitar de alguna manera del papel pintado, de la barra, del suelo. De eso se daría cuenta mi madre,

que siempre reprochaba a mi padre que el olor es también parte de la limpieza, que no solo debía parecer limpio sino que además tenía que oler a limpio. Pero mi padre estaba abstraído en otra clase de asuntos que, por supuesto, no estaban donde nosotras limpiábamos. Ella hacía como que no se daba cuenta, buscándolo con los ojos. Apenas decía nada, y si lo hacía:

—Niña, ¿qué es lo que estás mirando? Ven y coge esto.

Me tocaba ayudarla en cualquier tarea mientras intentaba buscar con los ojos a mi padre. Tentada estuve de preguntar qué sombra era aquella que tenían a medias, pero entonces tampoco podría preguntar lo del cabrero, ya que desde luego mi madre no soportaría la insolencia. Así que, como una niña obediente, me guardé las preguntas que me consumían y la ayudé con la escoba y con el trapo. Intenté convencerme de que estaba allí para aquello mismo, únicamente para las tareas, y que luego, cuando uno de los dos entrase en la cocina y sacase las sobras que se amontonaban sobre los platos, justo entonces, podría sacar el tema como si nada. Eso era, o al menos eso pensaba yo, hacer las cosas con cabeza.

El salón pertenecía a un edificio de base cuadrada construido con más empeño que dinero por cuatro señoritos que quisieron sumarse a la moda de tertulias y convencionalismos varios de la época. Podía ser que el pueblo anduviese necesitado de un centro social donde los hombres con algún poder adquisitivo o cultural pudieran desempeñar sus labores de ocio sin tener que dar cuenta a sus señoras, que veían invadidos sus finos salones y sus cristalerías por una patulea de borrachos. Pero si hubiera un local, o mejor, si hubiera un edificio, debieron pensar, sería diferente. Así los hombres tendrían por fin un templo donde hacerse y llamarse hombres entre las cartas y las copas, entre el juego y el vino. De hecho, se convirtió en el lugar de reunión de to-

dos los hombres más importantes. Solían frecuentarlo don Carmelo, el guardia civil, el maestro don Manuel, el alcalde y el médico, el señorito don Gregorio y el dueño de los transportes, el último barbero que quedaba y numerosos terratenientes; eso sí, salvo raras excepciones, nunca ninguna esposa. Por norma general, no se permitía el paso de ninguna esposa y, por supuesto, ninguna mujer que se considerase prudente debía entrar. En ningún sitio más que en las leyes etéreas de la moral cristiana estaba escrito que más mujeres que mi madre y yo pudiéramos ingresar en aquel lugar. Las esposas asumían que el espacio de sus maridos era tan sagrado como poco a poco asimilaron que su hogar, aquellas casas que las contenían, eran capaces de guardar sus propios secretos. De este modo todo permanecía en un lugar concreto con un orden perfectamente estructurado. Y a rezar. A confiar a ciegas, con el agujijón de los celos hendiendo su ponzoña bien adentro, y creyendo, o eso decía mi madre, «que esos gilipollas hacen otra cosa más que jugar a las cartas y hablar de tetas gordas».

Mi padre, en cambio, guardaba silencio. Él los conocía bien desde muy niño, cuando entró a trabajar en las cuerdas de doña Dolores. Se mordía el labio, agachaba la cabeza y se ponía a trabajar como un animal cansado, destinado a tirar de la carga. Había aprendido tanto de aquellos animales —él mismo lo admitió alguna vez— que hasta pudiera ser que hubiera tomado algunos de sus gestos. Y era aquel silencio el que me preocupaba. Yo también conocía desde niña el casino al que mi padre entrara a trabajar años después, cuando tras la guerra nadie quiso hacerse cargo de la cocina y la barra.

—No fue un ofrecimiento, fue una orden lo tuyo, Ezequiel —le regañaba mi madre a veces—, y de paso nos trincaron por las tripas a tu hija y a mí. Sin apenas jornal, porque bastante teníamos con poder mangonear en la cocina, que decían ellos. Y porque se fiaban, Ezequiel, se fiaban de ti y se fiaban de mí porque no nos habían matado a nadie y

porque tú eres un hombre completo, de traje limpio y sin color en la camisa.

Pero mi padre volvía a callar y se dejaba alisar las solapas de la chaqueta mientras la miraba. Yo, entre tanto, pensaba en aquellos hombres que casi a diario agradecían cortésmente la copa bien servida, la comida sobre la mesa, y cavilaba en los silencios de mi padre. Luego los miraba jugar, encerrados bajo aquellas corbatas, los tricornos y los sombreros, embozados en las capas que en invierno yo debía colgar cerca de la chimenea del salón. La habitación a media luz y ellos formando remolinos en torno a las cartas y a la conversación a veces queda, a veces tan brusca como cabría esperar de los hombres.

Don Carmelo bramaba con esa voz tan suya, y el resto, impertérritos, intentaban apaciguar su ímpetu de asno desbocado. Siempre era así en aquel cuadrado central del edificio que dejaba paso en uno de los lados a un pequeño salón de baile que nunca se usaba. A la derecha, en el lado opuesto, estaban la barra y la cocina, el lugar destinado al servicio y que además contaba con una ventana exterior y una puerta trasera para recibir a proveedores. Lo más extraordinario se escondía en el piso superior, al que se accedía por una escalera de mármol con una baranda de forja sucia y remates dorados. Montones de cajas y de muebles de otro tiempo esperaban arriba bajo sábanas blancas a que alguien los rescatase del polvo y la edad o los vendiese. Respondían al apellido de doña Dolores y marido. Por eso mismo, aquellos escalones me estaban vetados.

Mi madre se afanaba en sacar una mancha de aceite de uno de los tapetes verdes de juego.

—Yo no quiero pensar a lo que han estado jugando estos —se repetía—. Ezequiel, mira aquí. Mira, mira, mira. Yo lo dejo así y cuando el señorito don Gregorio venga, que lo arregle él si tiene capacidad. Fiestecitas a mí...